

F5 Phantom

- ...y me dice, bueno, por lo menos tenéis trabajo. ¡Hostia, no me jodas! Porque, a ver, si yo al meterme lo que hubiese querido era tener trabajo, en vez de meterme, ¿me entiendes? —Munárriz se encogió de hombros, torciendo la boca y abriendo los brazos, para dar énfasis a la pregunta— lo que hago es quedarme con el negocio de mi señor padre, no meterme aquí, que al final, lo que hice, lo que hicimos todos —dio un codazo a De la Hoz, sin aminorar el paso—, es quitarnos del derecho a libertad de expresión, a sindicato, y luego así estamos, con el sueldo congelado y no sé sabe qué más, y los cambios de destino, que cuando eres soltero todavía, pero luego es ir paseando a los niños de colegio en colegio...

Caminaban con las farolas de la barriada alargándoles y encogiéndoles las sombras, los dos al mismo paso, inconscientemente, pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho, sobre adoquines encharcados, destacando los pasos en el silencio de la hora. Iban cada uno con la bolsa de viaje colgando del hombro y el paraguas en la mano, Munárriz arrebujándose dentro de su chaqueta vaquera de solapas de borrego y De la Hoz envuelto en un abrigo negro que le rozaba las pantorillas y bailaba sobre los bordes de su barriga. Quedaban al menos una hora para el amanecer y las nubes se habían comido la luna y las estrellas. Soplaba el viento justo para que las ramas peladas de los árboles se frotasen entre sí.

- Hombre, ahora ya no —De la Hoz miraba hacia la esquina de la entrada de la barriada, donde se distinguía la silueta de un hombre, incluída la llamita a la altura de la boca —¿Hoy toca el crío de Arnaz? El Javi.

- Sí, sí, en el coche gris —Munárriz guiñó los ojos para enfocar la figura escuálida del muchacho—. Y sí, bueno, lo que tú dices, lo de los traslados ya no, pero para ti y para mí, para el chaval este, por ejemplo, no se sabe. Es que es lo que te estoy diciendo, lo comido por lo servido, pero nos hemos quedado sin posibilidad de tener una carrera y además punto en boca —el hueco de los edificios, en forma de U, devolvía el discurso en pedazos inconexos—. Porque tú y yo entramos en la misma quinta y, ¿qué seríamos ahora aplicando la ley antigua? —hizo una pausa para rascarse en el cuello, a la altura del nacimiento de la barba—. Capitanes. Por lo menos.

- Pues la verdad es que no lo sé, ya ni lo calculo —De la Hoz levantó la mano izquierda haciendo una seña al joven Arnaz. Contestó la llamita moviéndose a ritmo de saludo.

Cuando llegaron a su altura aplastaba la colilla con el talón de las botas. Estaba parado junto a las escaleras del portal de uno de los bloques de pisos que marcaban el final de la barriada.

- ¿Qué pasa chaval? Se nos abre la boca, ¿eh? –De la Hoz acompañó el comentario con un puñetazo amistoso en el hombro, la sonrisa le marcó las patas de gallo alrededor de los ojos–. ¿Y esto qué es? ¿Es reglamentario? –le tiró de la capucha de la sudadera, dejándole la cabeza al aire–. El que lo tendría que llevar soy yo, que no tengo esa mata de pelo.

- Bueno –el muchacho se tapaba el ojo derecho con una mano mientras dejaba de contener el bostezo y la sonrisa–. Cuesta trabajo levantarse tan temprano otra vez, no lo traía desde hace un mes.

- Ya te vemos, ya –intervino Munárriz–. Las imaginarias nuestras os tenías que haber comido, “profesionales” –le dio entonación a la última palabra torciendo la boca–. ¿Dónde has puesto el coche?

- Ahí atrás –señaló a su espalda con el pulgar, indicando la esquina.

Los suboficiales se miraron.

- ¿Debajo de la uralita? –insistió Munárriz.

- Lo hago así cuando recojo al comandante –hizo un gesto con los hombros en dirección al portal mientras se palpaba los bolsillos–. Para que parezca uno más, ahí durmiendo –dejó de buscar–. Se me ha acabado el tabaco.

Munárriz no contestó, se había alejado un par de pasos hasta la esquina, con la bolsa de viaje bailándole en equilibrio precario sobre el hombro.

- A mi me lo quitó el médico –De la Hoz se tocó el pecho con dos dedos.

- Joder con los gatos, macho –Munárriz regresaba acomodándose la bolsa en bandolera–. Ha salido uno de debajo del coche y me ha pegado un susto de cojones –se paró a la altura del muchacho–. ¿Qué comandante es? ¿Leyva?

- Sí, sí, Leyva. El mayor. El canoso.

- ¿Te acuerdas de cuando desmontaba el coche? –Munárriz señaló con las cejas hacia el portal.

- Hombre –respondió De la Hoz, afirmando con la cabeza–. Si me hubiese tocado a mí, también lo habría hecho.

- Pse. Yo me agachaba a mirar debajo por si acaso en aquella época. Pero lo de este hombre era exagerado.

- ¿El qué? ¿Qué hacía? –se interesó Arnaz.

- Bueno... –Munárriz estiro el borreguillo, que se medio enredaba con la barba– No sé que edad tendrías tú... ¿Qué le sacas a mi hija... a la Edurne?

Javi pegó un respingo.

- ¿Qué le saco de qué?

- De edad, tonto de los cojones.

A De la Hoz se le escapó una carcajada que el eco transportó de edificio en edificio durante unos segundos.

- Ah... No sé, un año... –el soldado se tironeaba de los cordones de la capucha, sin levantar la vista hacia Munárriz– Dos años, ¿no? –miró al otro suboficial, aún sonriente– Como al Jose. Iban a la misma clase, ¿no?.

De la Hoz dio un par de cabezazos afirmativos con los ojos cerrados.

- Bueno, lo que sea –Munárriz movió la mano en el aire con impaciencia –. Que tendrías doce o trece años, te tienes que acordar de cuando quitaron la furgoneta de la mili aunque no la hayas usado, ¿no?

- Hombre, de ver bajar a mi padre, que entonces ibais todos de uniforme y las bolsas con el escudo.

- Pues eso, chaval.

- Sí, ya sé lo que decís. Cuando mataron al del Ayuntamiento de Sevilla.

- El concejal, sí –confirmó De la Hoz–. Y al médico, un mes o dos antes. Vamos, que los cabrones estaban por aquí y por seguridad hubo que ir cambiando las cosas, por eso ahora puedes venir con la capuchita y esas cosas y no tienes que pegar dos taconazos al verno.

- Ya, ya... Pero, ¿a este hombre qué le pasaba? ¿Estaba amenazado o algo?

- Pues algo así –Munárriz miró a su compañero estirando una mano desvalida hacia él–. La verdad es que saberlo seguro, no lo sabíamos nadie. La cuestión era que el tío cada vez que iba a coger el coche, lo desmontaba entero. Registraba el salpicadero, la radio, le pasaba un chisme que tenía para detectar bombas, o algo así... Hasta una vez llegó a quitar los tapacubos.

- Joder.

- Pues imagínate, chaval, con vosotros correteando por ahí a todas horas –De la Hoz mimó con dos dedos el movimiento de los niños–. Que el colegio está metido dentro de la barriada, como el que no quiere la cosa. Nos hacía una gracia de cojones.

- No sé, es que uno de chico lo ve de otra manera. En aquél momento a lo mejor nos parecía que la ETA se iba a presentar en mitad de una clase o algo así –Javi se sonrió–,

pero ahora ya me acuerdo de eso y me parece que eran cosas de chavales, que nunca los tuvimos tan encima.

- Hombre, a ver... –Munárriz se mordía el labio inferior por dentro y echaba miradas al portal del edificio, que acababa de iluminarse desde el interior, multiplicándose la luz por todos los ventanales de la escalera– Fue en aquél momento, aunque lo del uniforme y la furgoneta se dejó por curarse en salud. La cosa ha ido a menos desde entonces, aunque con los cabrones estos nunca se sabe. Pero vamos, que aquí en el sur no se les ha perdido nada.

- Eso pensarían el concejal y su mujer –apuntó De la Hoz, señalando con las cejas la sombra que se movía dentro del portal.

- Anda que no.

Munárriz hizo una seña al chaval y éste se giró con el chirrido de ver salir al comandante.

El hombre bajó los escalones de la entrada con algo de torpeza y avanzó hacia los otros, abrigado con una bufanda de cuadros y un gabán beige y portando un maletín de piel que parecía a punto de escurrírsele entre los dedos. Los dos suboficiales lo recibieron con ademán de la cabeza y el muchacho cortó a medio camino un indeciso remedio de saludo cuando el comandante hizo un gesto de negación con las manos, encogiendo la boca y arrugando los ojos.

- Buenos días. O casi –señaló al cielo sin estrellas, con los volúmenes de las nubes adivinándose entre resplandores azules, y a las ramas peladas meciéndose con el aire.

- Buenos días –contestaron los otros tres.

- Bueno –Leyva se inclinó levemente hacia el joven Arnaz, el puño de la mano libre cerrado sobre el esternón– ¿Vamos? –señaló con las cejas la vuelta de la esquina.

- Claro, claro. Ahí lo tengo, el coche, mi comandante... –alargó un brazo en dirección al aparcamiento mientras se ponía en marcha.

- ¿Tú llevabas un tiempo sin traerlo, verdad?

El oficial se puso a la altura del muchacho mientras recorrían los escasos metros

- Oye, ¿tu hija sigue en Málaga?

- Si, si, ahora están haciendo un programa para el Canal Sur 2, el que sale los sábados, ¿sabes cuál te digo?

De la Hoz negó con la cabeza.

- Sí, hombre, es como una serie, el que sale con los chavales estos de las coletas.

- No sé, le preguntaré al pequeño mío, que controla más, a ver si lo veo.

Se detuvieron junto al maletero ya abierto del coche, donde Arnaz acomodaba el maletín del comandante, con éste parado en la puerta del copiloto y frotándose las manos.

- Métase usted, que nosotros vamos a dejar las bolsas –le dijo De la Hoz, dando un tirón del asa para mostrar la suya.

- ¿Qué hablaban, del trabajo de Edurne? –preguntó el soldado, recibiendo los equipajes.

- Tú a lo mejor lo ves. Está produciendo el programa de Canal Sur 2 de los sábados por la mañana.

- Yo los sábados por la mañana... Pero entonces, ¿el programa es de ella? –colocaba las bolsas girándolas para encajarlas en las esquinas del maletero– Es para que luego no vayan todo el camino saltando –se excusó.

- Ya, ya... No, el programa suyo no es, ella es la productora.

De la Hoz se acomodó tras el asiento del copiloto, resoplando y frotándose las manos al sentarse.

- ¿Quién es productor? –preguntó Leyva, sin girarse.

- La hija mayor de Munárriz. Trabaja en Canal Sur.

- ¿La que es de la edad de mi Damián?

- Un año mayor. Como el mío grande.

- Ah.

Munárriz ocupó su lugar, a la espalda del conductor.

- ...pero eso, ¿qué es entonces? ¿La que lleva los cafés? –comentaba el soldado, desde fuera del coche, agachado.

- No, hombre, cojones, eso qué va a ser, ella es de los jefes, coño...

De la Hoz se aguantaba la risa y se le acumulaban arruguitas en torno a los ojos.

- ¿Qué haces? –preguntó el comandante, asomándose sobre la palanca de cambios– ¿Has visto algo?

- No, no –una mano del soldado se asomó por el hueco de la puerta abierta haciendo un gesto tranquilizador. Se había doblado en el suelo sobre sus propias rodillas.– Se debe haber metido un gato ahí debajo y no hay manera de echarlo, y no quiero llevármelo por delante.

Leyva se recolocó en su asiento, vigilando de reojo los movimientos del soldado. Se giró hacia Munárriz.

- ¿En qué programa trabaja su hija?

- Pues uno de unos chavales, que sacan los sábados.

- Ea, ya se ha ido –anunció el soldado, acomodándose en su asiento y cerrando la portezuela–. ¿Y ella qué hace exactamente? –amagó meter la llave en el contacto, pero el comandante lo detuvo con un gesto.

- Póngase el cinturón, hombre –el hombre se señaló el propio abarcando desde el hombro hasta la cadera con un gesto del índice.

- Ah, sí, sí.

En la parte de atrás, De la Hoz y Munárriz compartieron una mirada y luego palparon sobre sus hombros derecho e izquierdo respectivamente, buscando las hebillas.

- Me imagino que lo que hace la hija del brigada Munárriz es ocuparse de que no falta de nada, contratar el catering, buscar sitios donde rodar, organizar dónde tiene que estar cada uno y cosas así, ¿no? –indicó Leyva, consiguiendo que las miradas de los tres se clavasen en él de golpe, mientras apoyaba la cabeza en el respaldo, girando la cara ligeramente hacia atrás–. Un poco a medio camino entre llevar los cafés y ser la jefa absoluta.

- Sí, sí, todo eso, de cuidar que las cosas vayan como tienen ir, en fin...

- Un sobrino de mi mujer trabaja de lo mismo en un programa de reportajes de Televisión Popular. Aunque ellos le dicen de otra manera.

Munárriz se giró hacia De la Hoz.

- La que pone los clásicos en blanco y negro. La de los obispos.

- Ah.

- Bueno, que nos vamos.

Arnaz metió la llave en el contacto y giró la muñeca para arrancar.

- Vuelvo ahora mismo –dijo Jose, un pie en el pasillo y otro en el recibidor, la mano derecha apoyada en el pomo y la izquierda sosteniendo el paraguas–. Dile a mamá que se eche de todas maneras, y si se queda dormida ya se lo tomará luego...

El repiqueteo de unos tacones anunciaba a alguna vecina llegando desde el piso de arriba.

- Yo se lo digo –le respondieron desde dentro del piso.

Cerró de un golpe que el hueco de la escalera repitió para todo el edificio. Escuchaba la cerradura girando por dentro cuando se volvió en dirección al ascensor y tropezó con Edurne.

- ¡Vaya! Perdón, eh...

- Si, yo venía a, bueno...

Se apartaron el uno del otro. Él contuvo el gesto de arreglarse la corbata al palparse el pecho y no encontrarla, pero sí dio dos pequeños tirones a la chaqueta para reacomodarla. Ella sólo se había recogido el pelo en una coleta castaña. La única luz se filtraba por los ventanales de la escalera y respondía a una tarde de cielo encapotado.

- ¿Querías algo? Es que no tenemos de nada, por eso salgo –señaló con el paraguas, primero la puerta a su espalda y luego el ascensor–. El piso lo usa mi padre para quedarse los días antes de servicio o así, para ir descansado, así que...

- Sí, sí... No, lo que quería era hablar contigo de lo que te dije antes

- Eh, –se inclinó hacia ella y bajó la voz–, ¿te importa acompañarme y hablamos por el camino? No quiero ponerme con el tema éste ahí dentro, tú sabes –apretó los labios en una mueca y dibujó círculos con las manos en el aire–. Me imagino que tu casa estará igual y aquí... –dejó que el eco de las escaleras prolongase el aquí unos segundos.

Ella se pasó una mano por la nuca, haciendo tambalearse la coleta. Miró las nubes al otro lado del ventanal, desencajando ligeramente la mandíbula

- Voy al super a comprar una infusión para mi madre y algo para que merienden los críos –añadió él–. Son diez minutos –movió el paraguas–. Y esto es por los días que llevamos, pero no creo que ni chispee siguiera.

- La verdad es que a mí también me vendría bien que me diese el aire...

- ¿Ascensor?

- Sí, sí...

Se pararon frente a la puerta metálica en dos pasos, los de ella contestados por el eco, y él pulsó el botón de llamada. Se daban el costado, sin mirarse.

- No he podido darle el pésame a tu madre. Con todo el follón y... –señaló la pared a su izquierda con el pulgar, a través de la que se filtraba el rumor del salón atestado.

- Le he dicho que me lo has dado a mí. Y tu hermano al mío. Es... es normal, vamos...

- Ya...

Las rajillas de la puerta de metal se iluminaron de azul y un pitido anunció la llegada del ascensor. Él tiró del pomo e hizo amago de apartarse para dejarla pasar. Edurne chasqueó la lengua y lo empujó poniéndole una mano en los riñones.

- Hijo, toda la vida vas a seguir igual de tonto...

Lo siguió con cuidado, sosteniendo la puerta sin dejar de mirar al pequeño escalón y los raíles de los paneles de seguridad. Levantó la vista y vio a Jose mover las cejas y sonreír de medio lado.

- Por eso era...

Se colocaron otra vez de costado, sólo que ahora cada uno miraba en una dirección, él frente a los paneles metálicos que se deslizaban tras haber pulsado el botón de la planta baja, ella frente al espejo, que los cortaba por la cintura, mirándose directamente a los ojos marrones y deteniendo a la mitad el gesto de recoger un mechón rebelde que huía de la coleta. Aprovechó para recolocar uno de los botones de su propia chaqueta, que llevaba cerrada, marcándole el talle.

- La verdad es que no sé donde voy yo con estos zapatos –se miró las puntas, negras y puntiagudas–. Con lo mal asfaltado que está esto y la que ha caído...

- ¿Y yo? –Jose golpeó la suela de sus propios zapatos con el paraguas– Los voy a poner bonitos. Pero no he traído otros.

- Ya... Yo he dejado mis cosas en el piso de mi hermano, en Sevilla... Nos llevaremos a mi madre a dormir allí esta noche...

El ascensor aterrizó con un leve respingo. Cuando se retiraron los paneles metálicos, Jose levantó un brazo por encima de la cabeza de ella y empujó la puerta desde los goznes lo justo para abrirla ángulo suficiente para salir. Edurne lo miró arqueando una ceja mientras se agachaba y saltaba al descansillo.

- ¿No era más fácil salir tú primero?

- Lo que sea... –respondió, dejando cerrarse el ascensor a su espalda– Pero cuéntame, ¿os han vuelto a dar el coñazo ahora o qué?

- Pues sí... Hemos dejado el auricular del fijo descolgado, y mi hermano yo hemos apagado el móvil–sus tacones repiquetearon cuando dio dos pasos rápidos para adelantarse a abrir la puerta del recibidor. Hizo un gesto con la mano libre, fingiendo una reverencia.– Pasa.

Fuera los recibieron el cielo gris y el frufrú del viento en las ramas peladas de los árboles. Bajaron los escalones del portal en silencio.

- ¿Sabes qué medios han sido? –preguntó él

- No me acuerdo ni cuál fue el que me metió el micrófono en la boca esta mañana –el mechón rebelde se le paseó por los ojos, así que lo cazó con el índice derecho y se lo recogió detrás de la oreja–. Canal Sur no.

- Ya.

Cuando salieron del cuenco protector de la U que formaba el bloque los recibió un golpe de viento mucho mayor, que los obligó a guiñar los ojos, levantando la chaqueta de él como una capa diminuta e hinchando la de ella. Edurne giró hacia la izquierda, pero Jose le rozó el codo con dos dedos y señaló con el paraguas en dirección contraria, hacia el parque.

- Ahora el supermercado está por allí...

- ¿Lo cerraron?

- No, no, se cambiaron a los comerciales de enfrente del colegio... Ahora tienen más espacio y caen más cerca de los pisos de los guardias civiles...

- Ah...

Empezaron a andar contra el viento, los ojos entrecerrados, ella cruzando los brazos para evitar que la chaqueta cerrada remedase un globo.

- Lo que te decía en el entero, que no me dio tiempo –retomó Jose–, es que lo mejor es mandarle un comunicado a una agencia... EFE, Europa Press, la que sea... Lo escribís vosotros o les decís, miren, esto es lo que quiero que digan...

- Pero, ¿tú que has hecho? –tenían que levantar la voz porque el aire les silbaba en los oídos.

- Pfaa... –movió la mano en el aire como apartando algo–. Nos han dejado un poco en paz, por el tema de que soy compañero... que odio que me llamen así, por cierto...

- Ya, bueno, estoy harta de oírlo, “la compañera Edurne, la compañera Munárriz”...

Caminaban sorteando pequeños charquitos, avanzando hacia la esquina y el paso de cebra. Al otro lado, los columpios y el bloque de los comerciales, apenas una planta y alargándose para tapar el colegio y las casas de los guardias civiles. Dejaban sus propios bloques a la derecha, y a la izquierda, más lejos, los pisos de los oficiales.

- Sí, bueno, supongo que en todos los trabajos es igual, pero en las redacciones suena como a cachondeo o a secta... Como en plan PC años 70, no sé...

- ¿El qué? –ella se giró hacia él apartándose dos mechones de la boca, sonriendo y enarcando las cejas.

- Eeeeeeh –abrió las manos en un gesto impreciso–. Ya sabes, como los comunistas de las películas antiguas...

- Ah, en plan “camarada esto, camarada lo otro”.

- Sí, eso... Bueno, mira, que no me están dando la brasa porque hice eso que te estoy diciendo y saben que soy de la profesión, aunque sea de deportes... Además, tengo un

amigo en Europa Press y conozco gente en EFE. Llamé a los dos lados antes de que me llamase nadie a mí y ventilé el tema.

Llegaron a la esquina y miraron abajo antes de poner el primer pie en los adoquines. Ella le apoyó una mano en el brazo cuando los tacones la hicieron vacilar, él sonrió y ella la retiró, bufando.

- Me mato. Me mato y acabo empapada.

- Nada, coño, esto está hecho, yo te ayudo –se inclinó ligeramente hacia ella.

- No, no, puedo sola.

Terminaron de cruzar a trompicones. Ya en la acera de enfrente, Edurne levantó una mano.

- Espera un segundo.

Se quitó el coletero y dejó que el pelo le cayese suelto sobre los hombros, apenas un instante antes de que el viento empezase a enredarlo.

- A ver... –empezó a recogérselo de nuevo.

- Lo que te decía –Jose se había girado hacia los columpios, que el aire balanceaba con chirridos oxidados, sin mirar a Edurne mientras se recomponía el pelo– es que te puedo dar el número de este chaval, el de Europa Press, y el de otra chica que trabaja en EFE y estudio conmigo.

- ¿Y no les importará? –ajustaba el coletero con movimientos seguros.

- Hombre, que si no les importará... –volvió a mirarla–. Ellos encantados. Te doy los teléfonos en cuanto volvamos y los llamas en el momento. ¿Nos movemos?

Edurne movía la cabeza con la mano derecha abierta a centímetros de la coleta, mirando hacia atrás.

- Es que es un coñazo, el aire.

- Ya.

Echaron a andar de nuevo, ella otra vez con los brazos cruzados, en silencio. Ya no tenían a un costado el resguardo de los bloques y el viento levantaba el albero del parque y las hojas secas, así que caminaban con las cabezas gachas y los ojos guiñados, mirándose los zapatos. Pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho...

- La madre de Damián está hablando en todos los canales –dijo ella, alzando la voz.

- Ya... Ella ha pasado por el gabinete de prensa de la mili... Vamos, es que es normal que la hayan buscado primero...

- Ya... Ese hombre era el objetivo...

- Sí...

- La estuvimos escuchando antes de ir a buscarte... –Edurne se mordió el labio inferior por dentro–. Es...

Dieron un par de pasos en silencio.

- Oye... –algunos mechones se habían liberado de sus ataduras y Edurne se dedicaba a acumularlos detrás de las orejas– ¿y tú...?

- Cuando hay cosas de éstas me alegro de ser de deportes... –respondió él.

El parque se acababa y comenzaban los comerciales. El edificio les protegió el flanco izquierdo, acabando con los pequeños torbellinos de albero, y Edurne aprovechó para pararse y sacudir las hojas secas que se le enredaban en las medias.

- Ay, mis zapatos... –echaron a andar de nuevo– Cuando llame a tus amigos, ¿les digo que es de tu parte?

- No hace falta. Lo que tú quieras –señaló la entrada del supermercado–. Es en la tercera puerta, juntaron el local de la panadería y el del bar de Paco.

- Sí que lo han aprovechado bien.

- Ya te digo.

Los recibió la iluminación amarilla y metálica de los flexos. Había una sola caja, con la cajera dándoles la espalda en ese instante, y todo el negocio se abarcaba de un vistazo, tres pasillos de estanterías con conservas, droguería y algún juguete más cortos que el trayecto desde el parque y que desembocaban en un mostrador de charcutería.

- Oye... –Edurne estiró el cuello hacia el hombro de Jose– ¿esa no es?

La empleada los oyó y se giró hacia ellos.

- ¡Ay! Hola, buenas tardes –levantó una ceja– ¡Niña! ¿Qué haces?

Edurne apuntó una sonrisa con las comisuras de los labios. Recorrieron cada una medio camino hasta la otra. El supermercado vacío tenía su propio eco, amortiguado por las latas de precocinados y las botellas de alcohol. Los dos besos restallaron en el aire.

- Nena, no te pude dar el pésame allí –le apretaba los codos con las manos, levantó la vista hacia Jose y le puso una en el brazo–. A ti tampoco. De verdad que lo siento, vuestros padres, o sea...

- Tranquila Luci...

- Ay –se separó, colocándose una mano en el pecho, y los miró alternativamente a uno y otra–. Esta mañana cerramos, pero el jefe quería que...

Jose hizo un gesto de negación cerrando los ojos.

- Tranquila. Si a mi ahora mismo me viene estupendo.

- Ya, pero que agobio, los niños sin clase, la bandera a media asta –Luci sonreía con nerviosismo.

- No le des más vueltas, mujer. Ya te digo que vengo por bolsitas de infusiones para mi madre.

- Claro, pobrecilla, ¿cómo está?

Edurne le pasó una mano por el brazo a Luci.

- ¿Dónde las tenéis? –preguntó Jose.

- Sí, perdona –dio un respingo y señaló el pasillo del fondo–. Allí al final del todo, aunque son todas marca de la pava...

- Mejor.

Jose sorteó la caja y se alejó de las dos mujeres, caminando hasta la charcutería. La conversación lo perseguía entrecortada por el eco.

- Te tendría que dar el pésame por Javi también...

Movió la boca imitando exageradamente la manera de expresarse de Luci mientras cogía dos plásticos de choped, sin dejar de aguzar el oído. El ruido de la nevera ahogó el último intercambio de frases.

- ... por todo el tema del trabajo... –mencionaba la voz de Edurne.

Regresó sobre sus propios pasos y se hizo con una caja de infusiones al azar. Antes de girar hacia la caja, tropezó con una caja de juguetes que estaba tirada en el suelo. Era un avión de plástico. Lo recogió, sonriendo de medio lado, y le dio un par de vueltas, examinando el envoltorio, hasta volver a dejarlo en su sitio.

- Me vas a perdonar que te pregunte una cosa, nena, pero, ¿de productora qué haces exactamente? Porque a mí me lo ha explicado tu hermano, pero yo no me entero.

Dejó sobre la bandeja de la caja los dos plásticos de choped y el paquetito de infusiones.

- ¿Tienes bolsas? –interrumpió.

Luci se giró, colocándose en su puesto en un par de zancadas.

- Claro, claro perdona...

Mientras la cajera registraba la escasa compra, Jose levantó la vista hacia Edurne, que se pasaba una mano por la nuca y sonreía con la boca cerrada. Él hizo un gesto con las cejas y cada uno desvió la mirada en una dirección.

- Ya está. Son tres con noventa.

Pagó con un billete de cinco euros, recogió la vuelta y avanzó hacia Edurne.

- ¿Vamos?

- Sí –ella se giró hacia Luci–. Estaré aquí hasta el domingo, te mando un mensaje, ¿vale?

- Vale, nena.

Caminaron en silencio hasta la salida, seguidos por la mirada de la otra chica. Ya no había viento, pero los recibió una capa de chirimiri y una acera oscurecida por el agua.

- Vaya por Dios...

- Ahora sí que la hemos liado...

- Tranquila, el paraguas es grande.

Lo abrió con un chasquido. Rozando hombro con hombro, sólo cabían de manera que cada uno se mojaba un costado, él el izquierdo y ella el derecho. Dieron el primer paso fuera, Jose sujetándolo unos centímetros por encima del mango –colgando del cual protegió la bolsa de la compra de la lluvia–, Edurne rozando la curva de éste con las yemas de los dedos.

- ¿De qué te ríes?

- ¿Ah?

- Bueno, es un poco... ¿Es por Luci?

- No, no... Es un juguete que estaba tirado en el suelo.

- ¿Eh?

Ella había refugiado la mano derecha bajo el brazo izquierdo y con el vaivén de la caminata rozaba de vez en cuando el bolsillo de la chaqueta de él y la bolsa de plástico. Con el viento, se les mojaban las piernas.

- ¿Sabes lo qué es un *F5 Phantom*?

- Sí, claro, es, es un avión, ¿no?

- Pues no, los *F5 Phantom* no existen –la sonrisa de él se ensanchó. Empezó a gesticular con la mano libre, mojándola–. Existen los F5 y los Phantom, que creo pueden llamarse F4, no lo sé –ella enarcó las cejas y desencajó la mandíbula–. Sólo sé que el F5 y el Phantom son dos tipos de avión diferentes, tipo caza, ni idea.

- Eeeh..

- La cosa es que un poco antes de que yo empezase la carrera –inclinó la cabeza y la miró directamente a los ojos–, cuando estábamos en Bachillerato y ya me había decidido... un F5 o un Phantom de maniobras en Talavera de la Reina o por ahí tuvo un accidente... Y un futuro colega mío firmó la noticia de oídas, o la copió de una agencia fiándose de ellos... Y puso que lo que se había estrellado era un *F5 Phantom*, quizás porque había oído hablar de los F4 Phantom o simplemente porque no tenía ni puta idea.

- Ah... —contuvo una sonrisa en la comisura de los labios y bajo la mirada las puntas de sus zapatos, sobre las que lluvía limpiaba el albero— Y tu padre...

- ¡Mi padre leyó la noticia y empezó a jurar en arameo! —confirmó él— Mi hermano y yo lo veíamos con el periódico en el sofá y le preguntamos... Y me dijo que nunca se me ocurriese meter un *F5 Phantom* o me desheradaba.

- Claro.

- Sí...

Atravesaron el parque en silencio. Al cruzar la calle ella tuvo que apoyarse en el brazo de él para no acabar varada en uno de los charcos que empezaban a formarse. Dejaban atrás bloques de pisos en forma de U, Jose sujetando el paraguas unos centímetros por encima del mango, del que colgaba la bolsa de la compra, Edurne rozando la curva con las yemas de los dedos, cada uno mojándose un hombro. Pie izquierdo, pie derecho.

Utrera, Sevilla, mayo 2009